



*Don Marcos Maruado.*



## MARTIRES DE LA MEDICINA

### MARCOS MACUADA

Nada en la historia se ha hecho perdurable y memorable sin sufrimiento ni dolor.

Una hermosa placa de bronce colocada a la entrada de uno de los pabellones del antiguo Instituto de Higiene, después sede de la Dirección General de Sanidad, recuerda bajo el epigrafe "A los que sobreviven entre nosotros porque murieron por nosotros", a quienes rindieron su vida en defensa de la salud de nuestros conciudadanos. Son 55 nombres.

Entre ellos no figura el de un estudiante de Medicina, que pertenecía a la estirpe de los escogidos por el brillo de su inteligencia, porque unía, a la claridad de su mente, un generoso espíritu social, porque poseía condiciones de hombría y reservas de entereza moral y asumía su responsabilidad con tranquila firmeza, sin que nada turbase su convencida actitud vital: Marcos Macuada Ogalde.

Era Tocopilla, en 1912, un puerto próspero y la vida bullía en sus calles; las oficinas salitreras con sus hornos encendidos permanentemente se encontraban en su apogeo y los buques extranjeros y nacionales colmaban su dilatada bahía. Con destino a este puerto, había partido de Guayaquil el 20 de enero de ese año el vapor "Cóndor", y siete días después enfermaba a su bordo un marinero de apellido Parker. El 28 el barco llegó a Tocopilla; el enfermo fue examinado por el médico de bahía, quien pensó que se trataba de una fiebre tifoidea y ordenó hospitalizarlo en la ciudad. El 2 de febrero la temperatura declinó y apareció la ictericia; el diagnóstico de la época se impuso: se trataba de una ictericia catarral. Poco a poco, diversos enfermos que habían acudido al hospital por distintas dolencias, presentaron un cuadro febril violento acompañado de intenso malestar y de vómitos hemáticos. El tercer caso apareció el 25 de febrero, el cuarto el 2 de marzo; entre el 4 y el 10 de este mes fallecieron 18 personas de la enfermedad aún no diagnosticada; a mediados del mes, el incremento fue mayor, y a fines de marzo, el doctor Vicencio Carrasco indicó el diagnóstico preciso: fiebre amarilla.

El norte del país, desde Arica hasta Chañaral, presenta las condiciones ambientales necesarias para la pululación del *Aedes aegypti*. En aquella época, recién se sabía por los descubrimientos del sabio médico cubano Carlos J. Finlay, más tarde comprobados por una comisión de médicos presidida por el norteamericano Walter Reed, que la fiebre amarilla era transmitida por la picadura de la hembra del mosquito *Stegomyia fasciata* o *Aedes aegypti*, provocando endo-epidemias extraordinariamente graves en que la enfermedad se manifiesta por violenta alza térmica, hemorragias, en espe-

cial vómitos sanguinolentos e ictericia, con degeneración adiposa del hígado y congestión del estómago e intestinos.

En aquella época no se conocía ningún medio para prevenirla, pues la vacuna de Theiler, premio Nobel de la Medicina, solamente empezó a utilizarse en 1930, no existía ni se conoce ningún tratamiento específico y tampoco estaban en uso los poderosos insecticidas de hoy, capaces de exterminar los mosquitos.

La aparición de la epidemia fue un grave revés para el país, no solamente por el peligro que significaba para Tocopilla y comarcas circunvecinas, sino porque las condiciones ambientales propicias a la difusión abarcaban un extenso e importante sector del país, rico en explotaciones mineras en las cuales se trabajaba intensamente, abundante en puertos por los cuales salían el salitre y el cobre al extranjero.

Conocido el diagnóstico de la epidemia, el Gobierno envió a combatirla a Tocopilla al inspector sanitario doctor don Pedro N. Lautaro Ferrer Rodríguez, distinguido higienista de gran capacidad organizadora. De inmediato contó con la cooperación decidida de los médicos locales y del Ejército, pero era insuficiente, y el doctor Ferrer solicitó y obtuvo la colaboración de los estudiantes de Medicina. Partieron alegres, porque sabían que decoraban la tierra amable de la patria con su inteligencia, su esfuerzo y sacrificio.

El primer grupo estuvo formado por los señores Leonardo Guzmán, Clemente Holzapfel e Ignacio Rencoret. Con su auxilio se pudo organizar la fumigación de las habitaciones con azufre, colocar petróleo en los depósitos de agua para extinguir, por falta de aire, las larvas de los mosquitos, comprobar las denuncias y aislar los enfermos.

A pesar de una labor permanente, cumplida con abnegación, en el mes de mayo se hizo necesario evacuar la población y llevarla a la playa al sur de Tocopilla. El trabajo incesante, la tensión, la tarea exhaustiva, llevados a término con sentido de elevada responsabilidad y con generoso desprendimiento, agotaron a los jóvenes estudiantes y fue necesario reemplazarlos por otro grupo. En él figuraron Marcos Macuada, Gonzalo Castro Toro y Arturo Barraza Araya. Pero un pavoroso estremecimiento de la suerte vio desgajarse la fatalidad sobre ellos. Cuando ya la epidemia declinaba ostensiblemente cayó enfermo Marcos Macuada y a las 72 horas de iniciado el proceso falleció en medio del dolor de sus compañeros, de la angustia de la población y del sentimiento general del país que veía desaparecer heroicamente al mejor de los suyos.

Macuada cursaba en aquella época, con brillo excepcional, el 5º año de medicina. Había nacido en el caserío de Pedregal, cerca de Ovalle, el 5 de noviembre de 1883. Aquí efectuó sus estudios primarios e inició los secundarios que terminó en el Liceo de La Serena. En 1908 ingresó a la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile. El profesor doctor don Vicente Izquierdo al recordar su paso por las aulas, dijo: "era una inteligencia clara, de buen criterio, trabajador tenaz y muy querido de sus compañeros. Ya en



*Leonardo Guzmán - Clemente Holiapfel - Ignacio Rencoret - Dr. P. N. Lautaro Ferrer -  
Gobernador de Tocopilla.*

*Fotografía tomada en 1912 en Tocopilla, durante la lucha contra la fiebre amarilla.*



el quinto año alcanzó el honroso puesto de interno de la Clínica de Niños".

Su generoso espíritu social lo llevó a fundar con otros compañeros la Escuela Nocturna para Obreros que el Centro de Estudiantes de Medicina hizo funcionar en Av. Independencia 327. Durante cuatro años fue profesor de higiene y de educación cívica y por último fue su director.

El sacrificio de Macuada, antecedido por el del doctor Manuel Solís de Ovando, inmolado en el valle del Choapa en 1865, combatiendo el chavalongo, y repetido años más tarde en las epidemias de tífus exantemático y de viruela, es una imagen cargada de alta emoción cívica y de profundidad humana. Por ello los Anales Chilenos de Historia de la Medicina, al cumplirse el primer cincuentenario de su fallecimiento, le rinde su fervoroso homenaje, porque una nación no sólo es el cumplimiento de lo que soñaron sus hijos sino también de lo que sufrieron.

